


libro cuarto.



ODA I.

Á VENUS.

Intermissa, Venus, diu

Por largo tiempo ausente
Tornas, Venus, de nuevo á la batalla.
Te suplico, te ruego ¡sé clemente!
No como en días de Cinara ardiente
Tengo el mismo vigor, la misma talla.

Deja, de los Cupidos
Madre crüel, tan desastroso empeño
Por doblarme á tus goces fenecidos
Ya en mi décimo lustro: mis sentidos
Palpan del tiempo el furibundo ceño.

Ve ligera en buena hora
À donde eres de jóvenes llamada
Por eterno rogar con voz sonora.
De tus cisnes el ala voladora
Cual púrpura oriental abrillantada,

Haz que te lleve al punto
De la casa de Paulo á los festines,
Que allí no hay duda encuéntrase el conjunto
De lo que anhelas: Máximo es trasunto
De tus caros antiguos paladines.

Es noble y comedido,
Defensor elocuente de los reos,
En cien artes maestro distinguido;
Y ampliamente, lo tengo así creído,
Ha de mostrar al mundo tus trofeos.

Y si vencido queda
Su émulo vil y pródigo y potente,
Y él le mira burlón con risa leda,
Cabe el lago de Albano, en la arboleda,
Bajo techo de cidro reluciente,

Bella estatua marmórea
Te erigirá, do el humo del incienso
Perenne suba á tu nariz corpórea
Y tanto, tanto que ni el mismo Bórea
Logre turbarle por copioso y denso.

Con supremo deleite
De la flauta y la lira el blando acento
Escucharás y el canto sin afeite,
Que como en agua súbese el aceite
Ha de vencer al músico instrumento.

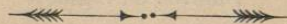
Y dos veces por día,
De los salios siguiendo la costumbre,
Herirán con denuedo y alegría
Las vírgenes y niños á porfía
Con pie cándido el suelo; y la techumbre.

Resonará las voces
Que bendigan tu nombre soberano.
De amor lúbrico hostíganme los goces,
Del mutuo amor las dudas son atroces
Verdugos, la esperanza un juego vano.

Ya para libar vino
No acepto desafíos, ni mis sienes
Corono en hiedras y en laurel divino
Y en las flores recientes que mezquino
Riega el abril del campo en los andenes.

Mas ¡ay! ¿por qué una gota
De ardiente lloro surca mi mejilla?
Mi facundia habitual, ¿por qué se agota
Sin que deje á mi lengua ni una nota
El súbito silencio que la humilla?

¡Oh Ligurino duro
Cuanto voluble! en el nocturno sueño,
Ya te miro venir, ya me apresuro
Por seguirte en el Marcio ¡engaño puro!
Ó del Tibre en las ondas ¡vano empeño!



ODA II.

Á JULIO ANTONIO.

Pindarum quisquis studet aemulari,

En alas, Julio, de licuable cera
Se apoya y nombre al cristalino ponto
Dará el inhábil que imitar al dulce
Píndaro intente.

Como el riachuelo que del monte baja
Y que la lluvia al acrecer desborda
Sobre la orilla y que en su cauce rueda,
Píndaro hierve;

Y es siempre digno del laurel de Apolo,
Ora introduzca en ditirambos suaves
Nuevas palabras y de ritmos use
Suelos de reglas;

Ora á los dioses y á los reyes, hijos
De dioses cante, que con muerte aciaga
Á los Centauros y Quimera horrible
Justos castigan;

Celebre aquellos que la palma olímpica
Cual dioses, claros á su casa torna,
Ó al púgil diestro y al ligero y noble
Équite cante;

Y á entrambos honre con mejor memoria
Que cien estatuas, en sus versos dignos,
Ó al joven plaña que á la esposa triste
Fué arrebatado;

Y su denuedo, robustez y fuerzas,
Y sus costumbres de la edad dorada
Lleve á los astros, y del negro y crudo
Orco le libre.

Una aura, Antonio, poderosa, etérea
Lleva en sus alas al tebano cisne
Cuando se cierne donde el alta nube
Rápida gira;

Mientras, el instinto remedando y modo
De la matina susurrante abeja
Que del tomillo las delgadas mieles
Liba del bosque

Por las orillas con trabajo inmenso,
Aquí, á la margen del rociado Tíbur
Bajo los sauces, operosos cantos
Mínimo entono.

Á César noble cantarás, poeta,
Con mejor plectro, si en laurel ceñido
La vía sube y cual trofeo sigue
Rudo el sicambro.

Nada más grande ni mejor que el César
Dieron los hados y benignos dioses,
Ni darlo pueden, aunque al mundo vuelvan
De oro los siglos.

Tú, canta, canta los dichosos días
De Roma y juegos, por haber logrado
Que torne Augusto y que el desierto foro
Se abra á los juicios.

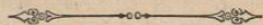
Un eco, entonces, de mi voz humilde
(Si es que algo digo que escucharse pueda)
Ya vuelto el César, sonará: ¡*Sol bello,*
Digno de gloria!

Mientras triunfante la ciudad recorres,
¡*Viva,* mil veces clamaremos, *viva!*
Y ofreceremos á los dioses justos
Másculo incienso.

Tú, con diez toros y con diez terneras
Que sacrifiques, cumplirás tu voto;
Á mí, tan pobre, presentar me es dado
Sólo un novillo

Quitado ha poco á la mugiente madre,
Y que entre hierbas se apacienta largas
Y que en la testa con primor los cuernos
Cúrvos remeda

De tenue luna en el tercero día
De la creciente; y que es de piel lustrosa
Y lconada, que manchó tan sólo
Cándida estrella.



ODÆ III.

Á MELPÓMENE.

Quem tu, Melpómene, semel

À quien ves tú con célica mirada,
Melpómene sagrada,
Al punto de nacer, no hará famoso
Púgil el istmio juego;
Ni llevarále en griego
Carro, cual vencedor, corcel airoso.

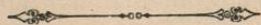
Ni al Capitolio, bélica victoria
Le mostrará con gloria
Como á ínclito caudillo, coronado
En el laurel de Delos,
Porque hubo en sus desvelos
À índico rey y tímido abajado.

Sino antes bien: las aguas cristalinas
Que bañan las colinas
De Tívoli feraz, de erguido roble
Y de palma altanera
La rubia cabellera,
En eólicos versos le harán noble.

De Roma, la primera en excelencia,
La clara descendencia,
De los vates se digna en los serenos
Coros anumerarme;
Dejan ya de envidiarme
Y el diente roedor me hiere menos.

¡Oh Piéride, que riges con decoro
De esta mi lira de oro
El melífluo gratísimo sonido,
Oh tú, que á mudos peces
Pudieras dar á veces
La tierna voz de cisne dolorido!.....

¡Lo debo todo á ti! Si al pasar quedo
Me apuntan con el dedo
Como á quien tañe de agradable modo,
El vivir sosegado,
Y el agradar, si agrado,
Á ti, Piéride, á ti lo debo todo.



ODA IV.

ALABANZAS DE DRUSO.

Qualem ministrum fulminis alitem

Como al ave divina
Del rayo vengador ministradora
(Á quien excelso Jove que domina
Á los dioses cual rey, justo decora
Al fiarle las graves
Ínfulas del gobierno de las aves,

Después de muy probada
Su lealtad, del rubio Ganimedes
En la metamorfosis celebrada)
De musgoso peñasco y de las redes
Del nido echaron fuera
El vigor patrio y juventud primera,

Extraña á las labores
De la vida; y los céfiros vernaes,
Alejados los nimbos tronadores,
Á la medrosa, á hacer ezfuerzos tales
Enseñaron, que al suelo
Sin dar los ojos, descogiera el vuelo;

Sobre imbele rebaño
El ímpetu vivaz, como enemiga
Después lanzóla; y lleva ahora el daño
Por amor del sustento y la fatiga
De la guerra, á flexibles
Luchadores dragones y temibles;

Ó como al león tierno
Destetado, de entre algas florecientes
Cabrilla ufana á la que apunta el cuerno
Ve, al presentir que por aquellos dientes,
Hoy débiles, herida
Más tarde perderá la dulce vida,

Vindélicos y Retos
Á Druso el grande vieron asombrados
Desde sus chozas y campestres setos
Á raíz de los Alpes levantados,
(Nevada y hosca sierra,)
Á toda la comarca mover guerra.

Nó es dable saber todo:
É ignoro yo de donde á estos guerreros
Venirles pudo la costumbre y modo
De por armas llevar corvos aceros,
(La robusta amazona
Segur, como la fama la pregona,)

Ni averiguarlo quiero.
Mas, por siglos y en amplias extensiones
Del vencedor con el mirar severo
Á pueblos domeñaban y naciones;
Y hoy que doblan la frente
Ante un joven magnánimo y valiente

Vencidos, muy despacio
Meditan lo que alcanza el buen talento,
La índole, de uno que nació en palacio;
Y el amor paternal de Augusto, atento
Á las inclinaciones
De los mancebos ínclitos Nerones.

El fuerte, por el fuerte
Es engendrado; yérguense el novillo
Y el ágil potro sin temer la muerte,
Y altivos muestran el paterno brillo:
Á tórtola que gime
Nunca ha empollado el águila sublime.

Un natural hermoso
Crece por la cultura; la esmerada
Educación al pecho vigoroso
Robustece; si mírase humillada
La virtud, con presteza
El natural abate la cabeza.

Qué les debas, oh Roma,
Á los Nerones, dígallo el Metauro
Espúmeo río, dígallo la loma
Donde Asdrúbal dejó la vida y lauro,
Y aquel hermoso día
En que el Lacio otra vez resplandecía,

La tiniebla fugada,
Y único fué que se miró risueño
Por la victoria militar lograda,
Desde que Aníbal con amargo ceño,
Cual la flama en la tea,
Encima de la Italia galopea,

Ó como el Euro insano
En las ondas equita sicilianas.
De esto después, creció el joven romano
Con labores felices; vense ufanas
Por nuestro noble anhelo,
De dioses las estatuas que en el suelo

Derribadas yacían
Por el feroz cartaginés impío,
Quien, nuestros templos que antes se veían
El viento hender, en ciego desvarío
Devastó con tumulto
Y á la profanación juntó el insulto:

“Nosotros como ciervos
“Presa de rapaz lobo, perseguimos,”
Dijo el pérfido Aníbal, “á protervos
“Que llaman sin rubor frutos opimos
“A la fuga y engaño
“Que tornan hábilmente en nuestro daño.

“Esa raza no inerte
 “De Toscana en los mares combatida,
 “Quemada Troya, en otra Ilión convierte
 “La Ausonia y de traer no se descuida
 “Con afanes prolijos
 “Dioses, padres, ancianos, y á los hijos.

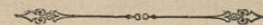
“Como la encina añosa
 “Del Algido feraz con hoces duras
 “Podada, aquesta raza así rebosa
 “En vigor; y sus raras desventuras
 “Dan base á su firmeza
 “Y su poder aumentan y riqueza.

“No creció más robusta
 “Tronzado el cuerpo, la Hydra contra Alcides,
 “Que temió ser vencido; ni la adusta
 “Cóiquide, ó Tebas hecha por ardides
 “De Aquión, gigante horrendo,
 “Un monstruo produjeron más tremendo.

“Si en los mares le hundes
 “Torna á la superficie muy más bríoso;
 “Y si con él contiendes te confundes
 “Al ver que vence al vencedor glorioso:
 “Batallas horrosas
 “Emprederá que narren las esposas.

“Que ya no envíe á Cartago
 “Ampulosas noticias, no os asombre.
 “¡Murió, murió con formidable estrago
 “Quien la esperanza fué de nuestro nombre!
 “¡Acabó nuestra suerte
 “Del africano Asdrúbal con la muerte!”

No quedará obra alguna
 Que deje sin concluir la claudia mano,
 De Jove bajo la égida oportuna
 Que los defiende del furor humano.
 De guerra en caso agudo
 La ciencia militar será su escudo.



ODA V.

À AUGUSTO.

Divis orte bonis, optime Romulae

Oh tú, nacido de los dioses buenos
 Por gracia, en los serenos
 Campos de Italia, Augusto peregrino,
 Custodio del linaje
 De Rómulo, el viaje
 Ya es largo, largo. ¡Acórtese el camino

Y ven! De Padres al concilio santo
 En la hora del quebranto,
 Al punto de partir, pálido, triste,
 Segura, pronta vuelta
 Con firme voz resuelta
 Por consolarlos tétrico ofreciste.

À tu patria devuelve el claro brillo,
 Oh máximo caudillo;
 Que si contempla el pueblo tu semblante,
 De entrada primavera
 Florida á la manera,
 Sin nube el sol asoma y coruscante.

Cual llama con el voto, agüero y preces
 La madre muchas veces
 Al joven hijo ausente, á quien reacio
 Con hálito envidioso
 Tiene el Norte en reposo
 Tras la líquida estepa del Carpacio

Por tiempo muy mayor que el año entero
 Y lejos del primero
 Dulce hogar, siempre pone la mirada
 En la corva ribera,
 Así la patria espera
 Y al César busca triste, desolada.

Los valles cruza sin recelo el toro
 Llenos de espigas de oro
 Por Ceres y la próspera Abundancia;
 Y encima el mar tranquilo
 De los nautas asilo,
 Corre la nave y corta la distancia.

La Fe no vaga expuesta á crudo engaño
 Hoy, ni teme tal daño;
 No mancha el adulterio los hogares;
 Porque le echaron fuera
 La Julia ley severa
 Y las sanas costumbres regulares.

Hoy míranse las madres respetadas,
 Queridas y alabadas
 Porque los hijos sonles semejantes;
 Y á la culpa atrevida
 La pena merecida
 Persigue á más andar, no van distantes.

Viviendo el César ¿quién al parto evita?
 ¿Quién al helado escita?
 ¿Quién á los fieros monstruos de Germaña?
 ¿Y quién necio se aferra
 En que han de hacernos guerra
 Los mílites feroces de la España?

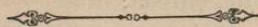
Hoy quien lo quiere, pasa en sus collados
 Frondosos y regados
 De sol á sol; en árboles sin fruto
 Purpúrea viña enreda;
 Y sin que nada pueda
 Cortarle el paso en el sendero enjuto,

Alegre torna al vino confortante;
 Con pecho palpitante
 En el festín de la segunda mesa
 Un nuevo dios te llama
 Y con preces derrama
 Dulce el licor y de libar no cesa.

Tu nombre junta al de los dioses lares
 Enfrente á los altares
 Caseros como Grecia, y con memora
 Que á Cástor y á su Alcides
 Preciados adalides,
 Honró con alabanza seductora.

De beber antes, cuando de oro y grana
 En solio á la mañana
 Nacido el sol se yergue soberano,
 Y al acabar el día,
 Allá en la lejanía
 Cuando vemos que toca el océano,

Decimos á una voz en la comarca:
 “¡Oh grande y buen monarca!
 “¡Ojalá que por años numerosos
 “En prolongada feria
 “Conserves á la Hesperia
 “Y que cual hoy seamos tan dichosos!”



ODA VI.

À APOLO.

Dive, quem proles Niobea magna

Dios, cuya fuerza de la triste Niobe
 Los tristes hijos á probar llegaron,
 Castigo justo de su inicua y libre
 Ímproba lengua,

Y Ticio impuro y de la insigne Troya
 El Ptío y casi vencedor Aquiles,
 Mayor que todos y á tu lado apenas
 Mílite parvo,

Aunque nacido de la madre Tetis
 Marina diosa, y que pugnaz hería
 Dardanias torres con tremenda, aguda,
 Rígida lanza;

Él, como pino por filoso hierro
 Cortado, ó bien como el ciprés por Bóreas
 Cayó á lo largo y reclinó en la tierra
 noble la frente;

Él, escondido en el caballo, exvoto
 Falso que ofrecen á Minerva sacra,
 No, á los aquivos por su daño á torpes
 Lúbricas fiestas

Dados entonces, no engañara diestro,
 Y ni al palacio del vetusto Priamo
 Entretenido en admirar las muelles
 Fáciles danzas;

Sino leal y sin doblez infame
 ¡Ah crimen! ¡ay! á los pequeños niños
 Que hablar no pueden, al vencer al rudo
 Dárdano fuerte,

Quemar osara y á los no nacidos
 Que aun se escondían en el albo seno
 De joven madre, si es que no por preces
 Férvidas tuyas

Y por clamores de Citérea diva
 Rendido el Padre de los dioses altos
 Viniera en otros, conceder á Eneas
 Válidos muros.

¡Maestro, Apolo, de la lira corva
 Que voces das á la sin par Thalía
 Y que en el Janto los cabellos de oro
 Plácido lavas.

Oh Agíeo suave, conservando acrece
La fama y honra de la musa dulce
Que á Daunia agreste mi lugar nativo
Púdica ampara!

Apolo dióme de su grado el estro,
Apolo dióme de trovar el arte,
Y el nombre claro de gentil poeta
Diómele Apolo.

Vírgenes puras, inocentes niños
Del amor fruto de preclaros padres
De quienes cuida la venusta diosa
Tácita Delia,

La que persigue á corredores linceos
Y ágiles ciervos con el arco adunco,
La rima lesbia conservad y el golpe
Rítmico y grato

De mi pulgar; al hijo de Latona
Ritualmente celebrad y aun á ésta
Que de faz cambia, para el campo y frutos
Húmeda y larga;

Y que veloce los fugados meses
Retorna cauta á su eternal principio.
Tú, ya casada, niña hermosa, acuerda
Flébil y exclama:

*Yo al fin de siglo, en los solemnes días.
De Horacio el vate recité los versos
Á Diana gratos, gratos al divino
Délfico Apolo.*

ODÁ VII.

À TORCUATO.

Diffugere nives: redeunt iam gramina campis,

Aléjase la nieve,
Torna al campo feraz la hierba amante,
Los árboles en breve
La cabellera undante
Sueltan, y el mundo cambia de semblante;

Y menguadas sus linfas,
Se encauza el río; de una y otra hermana,
La Gracia y de las Ninfas
En consorcio, liviana
Los coros guía y en danzar se afana.

No esperes en la vida
Cosa inmortal: lo advierte el año instable
Pasando de corrida
Y la hora variable
Que el día te arrebatara más amable.

Suavízanse los fríos
Con Favonio; á la dulce Primavera
Persiguen los Estíos;
Y á éstos su cabellera
Sacudiendo el Otoño lisonjera;

Y el perezoso Invierno
Viene después. Las lunas en su vago
Lucir y cambio eterno,
El lamentable estrago
Reparan prontas con celeste halago.

Nosotros, si caímos
Do el pío Enea y Tulo el opulento
Y Anco, cual polvo huímos
Que va á merced del viento,
Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede
Si el alto Dios, del tiempo de mañana
Una hora le concede,
Sobre la suma vana
De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora
De tu caudal con ánimo piadoso,
Huirá la escrutadora
Mirada del gozoso
Herederero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto
Una vez sólo, y Minos la sentencia
Pronuncie, nunca al puérto,
El linaje y clemencia
Te volverán. Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana
Á Hipólito retiene cual trofeo
La inferna sombra vana;
Ni logra abrir Teseo
Á Piritóo las puertas del Leteo.



ODA VIII.

Á CENSORINO.

Donarem pateras grataque commodus,

Á mis amigos diera
Regalos provechosos, Censorino;
Copas de verdadera
Límpida plata, en bronce y oro fino
Estatuas modeladas
Y fundidas por manos afamadas;

Yo les diera vasijas
De tres pies, galardón del héroe griego;
No por ello te aflijas:
Que si yo fuera rico, desde luego
Tendrías buena parte
En esas obras que produce el arte;

Ya de aquellos primores
Qué remeda Parrasio en lisa tabla
Con disueltos colores;
Ya de un Escopas que tan sólo el habla
No da á la piedra inerte
Cuando esculpe algún dios, ó un hombre fuerte.

Mas, tal poder no tengo,
Ni tú de aquestos dones necesitas:
Que eres de ánimo luengo
Y posees riquezas infinitas.
Con los versos te arrobas,
Y yo dar puedo y valorar las trovas.